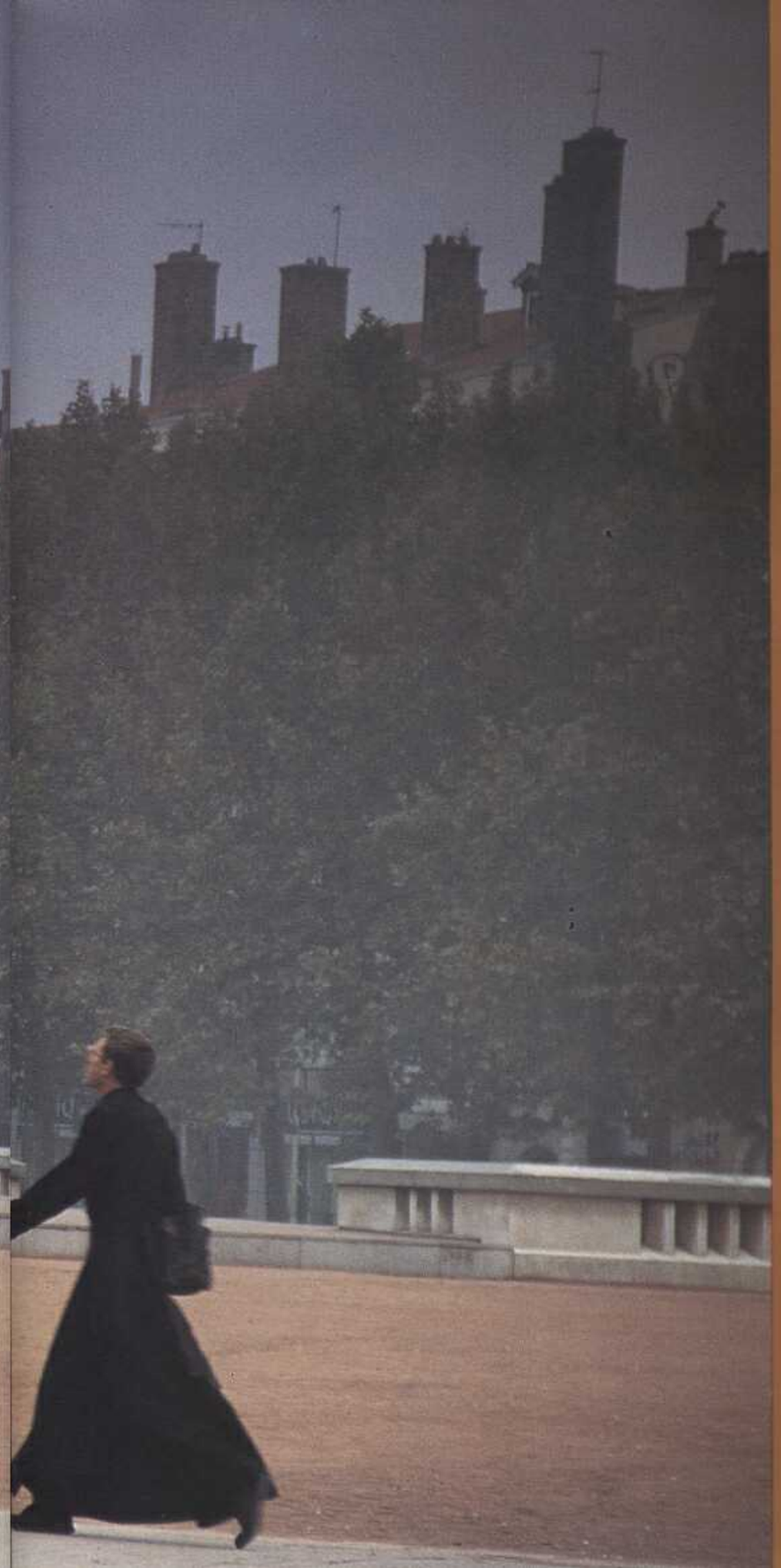
BREVE ENCUENTRO CON LYON

EN EL CAMINO

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRBES

LYON NACIÓ EN UNA ENCRUCIJADA Y SU POSICIÓN LA HIZO GRANDE, HERMOSA Y RICA. SIN EMBARGO, EN ESTOS TIEMPOS DE URGENCIA VIAJERA SON DEMASIADOS LOS TURISTAS QUE PASAN SIN DETENERSE EN UNA CIUDAD SITUADA A MEDIO CAMINO ENTRE EL BRILLO SOBERBIO DE PARÍS Y LA LUZ CEGADORA DEL MEDITERRÁNEO.



En 1856, se concluyó la construcción del túnel de St.-Irenée y se procedió a unir las dos líneas del tren París-Lyon y Lyon-Marsella, consiguiendo así que el trayecto entre la capital francesa y el Mediterráneo se efectuase sin necesidad de que los pasajeros tuvieran que cambiar de estación como ha-bían venido haciéndolo hasta entonces. Los hosteleros y comerciantes lioneses se indignaron ante lo que consideraban un atentado contra la vida y las actividades de la comunidad e iniciaron una serie de movilizaciones exigiendo que se mantuviera vigente el trasbordo entre las dos terminales -Vaise y Perrache- para obligar a los pasajeros a permanecer al menos durante algunas horas en la ciudad.

Las protestas resultaron inútiles y, desde entonces, Lyon empezó a convertirse con demasiada frecuencia en un paisaje -las colinas, las aguas del Saona y del Ródano, los tejados del barrio viejo, la altiva cúpula del Hôtel Dieu- que los pasajeros de las líneas internacionales veían a través de los cristales empañados de las ventanillas. Y su posición de privilegio como encrucijada milenaria de caminos se redujo a una especie de condena al castigo de ser ciudad de paso, una condena que la que fuese patria del emperador romano Claudio y capital de la Galia ha arrastrado con cierta resignación.

Lyon dejó de ser -tal y como lo había sido durante milenios- un lugar en el que uno se detiene al final de una etapa, para convertirse en un punto kilométrico que se deja atrás, camino de alguna parte. Quién no ha pasado alguna o dos veces en su vida por Lyon, y sin embargo, quién ha ido alguna vez a Lyon.

Lyon es, para demasiada gente, una visión fugitiva que aparece de repente entre dos túneles de la autopista de París, o (aún peor, desde la puesta en marcha del TGV) un borrón multicolor apenas vislumbrado, o cuando más, el interior de esa catedral de cemento y aire que ha construido Calatrava como estación del tren de alta velocidad junto al aeropuerto de Satolas.

El turista se encuentra un destello de la ciudad en una ori-

Lyon ha acabado siendo un borrón multicolor en el que destacan los tejados del barrio viejo, alguna altiva cúpula y las espigadas torres de sus múltiples iglesias.

lla de la autopista cuando viaja desde Barcelona o Marsella hacia París, hacia la Borgoña, Estrasburgo o Colonia, e intuye la activa respiración de su banlieue si se dirige hacia Ginebra; y también si, desde el norte de Europa, va camino de Milán, de Roma o de Venecia.

La ve desde el aire, en vuelo hacia Viena o Budapest, extendiéndose por esa llanura que precede al muro soberbio de los Alpes. Desde la ventanilla del avión, ve Lyon abajo y, allá enfrente, la mole del Mont Blanch, y piensa que es una ciudad que se le ha ido haciendo familiar y, por eso mismo, no se le ocurre nunca incluirla entre las que le quedan por visitar y a las que quisiera dedicarles algunos días. A veces ocurre: uno tiene vecinos a los que ve tender las sábanas cada fin de semana, se los encuentra en el mercado con las bolsas de la compra, los descubre apoyados en la barra del bar de enfrente, y no le parece que tengan nada de particular que justifique acercarse y entablar conversación con ellos, y luego se entera por la tele de que son eminencias de algo y que todo el mundo desea conocerlos y por todas partes les dan homenajes.

Al viajero le ha pasado algo así con Lyon, a pesar de que apenas sabía hablar ni caminar cuando ya tenía la imagen de esa ciudad guardada dentro. Se encontraba con ella cada vez que visitaba a unos tíos abuelos que vivían en un pisito del barrio valenciano de Sagunto desde el que se veía la estación de trenes eléctricos, un convento con su cúpula de azulejo y el verdor de la huerta y la línea azul del mar con su irivenir de barcos. Allí, en una de las paredes del comedor, había una estampa horizontal y coloreada en la que aparecía la colina lionesa (que ahora sabe que se llama La Fourvière), con el pretencioso templo expiatorio del estilo del que construyeron a fines del pasado siglo en París (Sacré Coeur) y empezaron a levantar en Barcelona (Tibidabo), los tejados de la ciudad, y un río que resulta que no era el Ródano, como creyó durante tanto tiempo por culpa de los libros de geografía, sino el Saona, y que le parecía hermoso, porque contrastaba su caudal con el hilo de agua del cercano río Turia sobre el que cruzaba en el ruidoso tranvía dieciséis para llegar a la casa valenciana en que se guardaban aquellos recuerdos de Lyon: la lámina coloreada, viejas postales, las historias que aquellos familiares le contaban de una remota y ya para siempre inexplicada emigración que debió producirse en la segunda o tercera década del siglo. Para el viajero, Francia fue, antes que ninguna otra cosa, aquel río que le parecía imponente, el color artificioso de la vieja estampa, la colina y los tejados.

Muchos años después, pasó -también él, como tantos otros millones de viajeros- por Lyon cuando ya había tenido la ocasión de conocer otra Francia -el fulgor verde de la costa vascofrancesa y las solitarias playas de Biarritz fuera de temporada; el melancólico casino de Honfleur con sus pegajosos recuerdos de Proust-, e incluso había vivido durante algún tiempo en París.

La primera vez que se encontró con la ciudad de la lámina coloreada fue una noche de invierno. El viajero tenía prisa por llegar nuevamente a París, seguro que para romperse alguna parcela más del alma, y había cogido en Barcelona un autobús de emigrantes que se detuvo en Lyon de madrugada.

Recuerda ahora aquella escena nocturna, desalentadora y precipitada. Un par de automóviles que aguardaban en la oscuridad de la noche a los escasos pasajeros que descendieron del autobús levantándose las solapas de los abrigos, los duros muelles del Ródano (esta vez sí que era el Ródano y el viajero había aprendido ya que la ciudad de Lyon tiene dos ríos) entre los que se encauzaba el viento helado que venía de los Alpes (también el viento de paso, y precipitado, aunque en dirección contraria a la que seguía el viajero), las elegantes fachadas de piedra en las que, a aquellas horas de la noche de invierno, no había ni una sola ventana iluminada, las cúpulas neoclásicas con su aire de ilustración de catálogo de arquitectura y el agua yéndose furiosa y temible hacia el mar con un rugido sordo que se mezclaba con el aullido helador del viento.

Esa primera visión, que parecía un retrato expresionista del propio corazón atormentado del viajero, tuvo su continuidad en posteriores contactos fugitivos, en los que la ciudad entrevista le fue ofreciendo otras parcelas -ahora luminosas- de sí misma. El viajero y Lyon habían emprendido una relación similar a la de los protagonistas de "Breve encuentro", la película de David Lean en la que un hombre y una mujer, ambos felices y ajenamente casados, coinciden a diario en una estación a la espera de los trenes que, cada tarde, a la salida del trabajo, los llevan en direcciones opuestas. Y ellos van enamorándose -con un amor distinto al de su respectivos matrimonios- en las fugaces conversaciones que mantienen al pie del reloj que cada tarde les avisa de la inminente separación, que un día acabará por ser definitiva.

Así, el viajero pasó otras veces -siempre apresurado- por Lyon, y en cada visión de la ciudad, fue descubriendo esa capacidad que tiene Lyon para estar tantas veces en mitad del camino y disfrazarse tan a gusto del que se la encuentra: se dio cuenta el viajero de que, cuando llegaba procedente del sur, Lyon le parecía la primera ciudad verdaderamente europea, en la que Francia se volvía indiscutiblemente Francia, y que, en cambio, se le ofrecía como la primera visión anunciadora del Mediterráneo cada vez que pasaba de vuelta de algún lugar de centroeuropa.

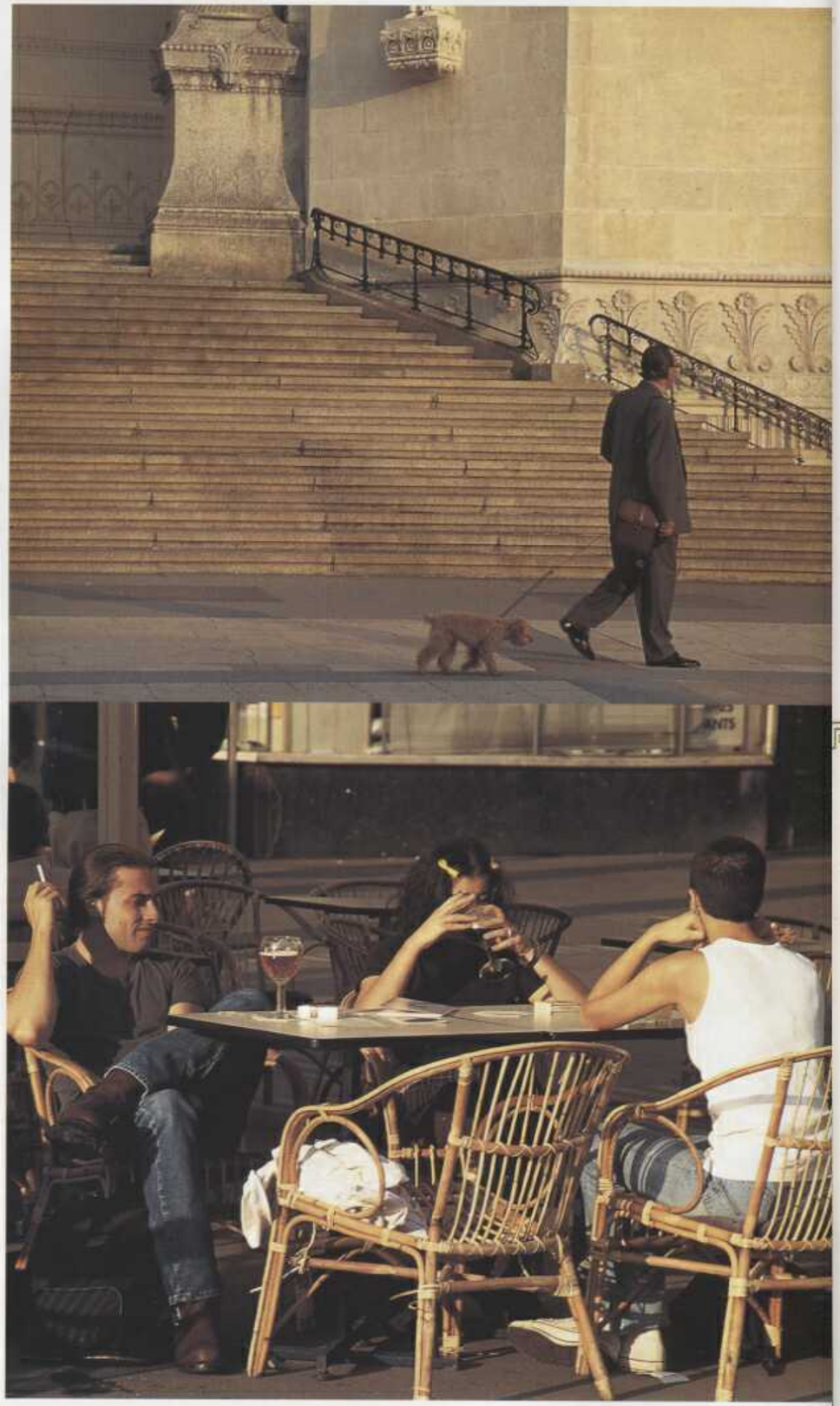
De ese modo descubrió, aún antes de haberse detenido en ella más que por unos breves y repetidos instantes, que Lyon tiene una personalidad contradictoria y lábil. Si uno llega a ella desde España o Italia, se fija en los edificios que bordean los

Aún hoy, en los barrios burgueses, se pueden encontrar delicados detalles que parecen sacados de antiguas postales románticas.

muelles del Ródano, en el urbanismo de la península (trazado bajo la filosofía de Haussman que buscaba higiene y paz social: o sea, que los barrios burgueses estuviesen separados de las zonas fabriles y saneados, y que las avenidas de la ciudad fueran lo suficientemente amplias como para que los caballos del ejército pudieran maniobrar cómodamente e impidieran la agitación y las barricadas que los obreros industriales levantaban durante sus periódicas protestas).

La península, esa creciente lengua de tierra que separa las aguas del Ródano de las del Saona, y sobre la que se extendió la ciudad de los siglos XVIII y XIX, cuenta con el trazado urbanístico de la soberbia Place Bellecour: sus fachadas de piedra y sus altas chimeneas, tan parisinas, y su estatua de Luis XIV, derribada y vuelta a erigir a merced de los avatares de la historia; con el espacio armónico de la Place des Terraux; con las estatuas y rosetones dorados y con las rejas con sus barrotes acabados en puntas de flecha, también de purpurina dorada, del Parc de la Tête d'Or. Y en ese barrio, el viajero piensa que está en una ciudad fría y jansenista que parece un gajo desprendido de la soberbia naranja de París.

Si, por el contrario, el viajero llega desde cualquiera de los corazones de Europa, se tropieza de repente con la herida de luz que anuncia la cercana respiración del Mediterráneo, con los restos romanos esparcidos por las alturas sobre las que se encarama la ciudad, con los estrechos callejones del Vieux Lyon medieval, con la colina de la Croix Rousse (en la que vivieron los obreros del textil, los laboriosos canuts), con sus calles de trazado arbitrario, con sus muros pintados de colores pastel, y sus recónditos pasadizos o traboules, que recuerdan los callejones de Marsella, Nápoles, Génova, Barcelona, y -aún más hoy, que están poblados por emigrantes magrebíes- hasta los



Encrucijada milenaria de caminos, Lyon ha tenido que resignarse a ser una ciudad de paso en la que el viajero apenas recuerda haberse detenido.

de alguna colorista medina del norte de África; y, de vuelta a la orilla derecha del Saona, los palacios renacentistas, cuyos armónicos patios de sillería parecen destinados a guardar el perfume de los limoneros y sus rutilantes colores frutales de bodegón barroco que tanto atrajeron a los brumosos románticos germánicos y anglosajones, también ellos de paso por esta ciudad en busca de ese olor de azahar que envolvía la Provenza de sus pesadillas invernales y la bota italiana, y de esas columnas romanas truncadas como hemistiquios de sus versos y de esos bustos de mármol y de las gradas de los anfiteatros y de sus ardientes arenas como un presagio del desierto que se extendía del otro lado del luminoso mar: de toda esa parafernalia que ha compuesto el imaginario del sur en las torturadas cabezas del norte.

Incluso la configuración de sus dos ríos parece marcar esa posición de gozne que tiene Lyon y su carácter desconcertantemente fronterizo, puesto que están colocados en lugares a simple vista contradictorios, dado que la ciudad neoclásica, razonable y ordenada, se asoma a los muelles del Ródano, que es un río mediterráneo, caprichoso, irregular, y que hasta su reciente canalización estuvo dispuesto a salirse de su cauce en periódicas avenidas y a languidecer en largos estiajes como cualquiera de los que en torno al mar latino forman ramblas alternativamente desoladas y amenazadoras.

Pos su parte, el Saona, que limita las viejas barriadas de confuso trazado y llenas de color, ésas que al viajero le anuncian la cercanía del genérico concepto del sur romántico, y toda su ruidosa y desordenada voluntad de luz, es un río cartesiano y europeo que avanza mansamente, y no parece necesitar de periódicas algaradas para advertir de su presencia.

Lyon, que los romanos llamaron Lugdunum (y convirtieron en capital de la Galia, precisamente por su privilegiada posición de gozne entre el camino que marcan en dirección norte-sur los ríos Ródano y Saona, y el que, en sentido transversal, derrama el murallón de los Alpes sobre la bandeja de las grandes llanuras del hexágono francés, proporcionando un paso hacia el mirador atlántico), despliega ante los pálidos ojos de los teutones un catálogo con todos los perfumes del mediodía: para ellos, Lyon huele a ajo, a perejil, a azafrán, a lavanda y otras hierbas aromáticas, y les trae a su lluvioso imaginario la suavidad del aceite de oliva y la levedad de las exóticas sedas (que siguen teniendo aquí uno de sus puntos de referencia en el mercado mundial), y la melancolía bulliciosa de sus tabernas y viejos bouchons, que es el nombre que reciben los estupendos y animados restaurantes populares en los que se comen suculentos platos de cochonaille y se bebe el destellante vino del Beaujolais.

Pero que nadie se llame a engaño, porque Lyon -aquella ciudad en la que terminaba la línea férrea del norte y había que trasbordar a la del sur-, es, al mismo tiempo, y así se lo advierte a los ruidosos viajeros procedentes de los lugares soleados donde Europa extravía su nombre, una ciudad amante de cierto concepto de grandeur y de los rituales rigurosos, en la que -por poner un ejemplo- hasta hace poco resultaba imposible visitar a nadie en su casa a partir de la puesta de sol, si no se había concertado previamente una cita, puesto que se cerraban los portales y no había porteros, ni humanos ni electrónicos, a quienes pedir ayuda. En Lyon se trasborda del norte al sur, y viceversa.

Es una ciudad en la que se pasa del vagón de la cocina del ajo al del gratín de cebolla; y del cordero, a las carnes rojas y sabrosas de charolais, y a los quesos de Saint Marcelin, de pasta blanda que se derrite entre los dedos; aquí se detiene el tren del aceite de oliva y emprende su ruta el de las cremas y mantequillas, y también conviven, cada una en su estación, las vivaces tabernas y la popular y sabia cocina de las madres lionesas que se ha hecho famosa en todo el mundo, con esa solemnidad del vino y la gastronomía considerados como artes o religiones que exigen el entorno de museos y silenciosos templos y, en su interior, precisos y acordados rituales: conceptos éstos que están muy alejados -a

ASOCIACION
Alimentos de Andalucía
DE USUARIOS

Distintivo de Calidad

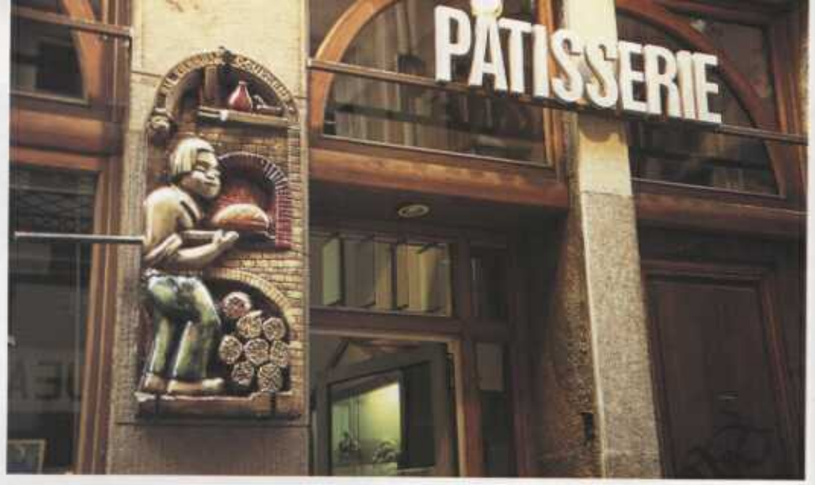
Andalucía es una tierra privilegiada por tantos motivos que es casi un símbolo de la calidad de vida.
Su cultura milenaria, es un crisol donde se han fundido tradiciones tan dispares como la fenicia y la cristiana o la musulmana y la hebrea. Parte importante de esa herencia está también en nuestras mesas, donde ofrecemos los mejores productos contrastados por siglos de historia que, como el aceite o el vino, son verdaderos monumentos gastronómicos.
Para seguir esta tradición y asegurar a quienes nos dan su confianza la máxima calidad, nos hemos agrupado. Hoy, la Asociación Empresarial de Usuarios del Distintivo de Calidad Alimentos de Andalucía tiene un sólo objetivo: difundir y familiarizar a profesionales y consumidores con los productos andaluces de la mejor calidad, los que han sido galardonados con el Distintivo de Calidad "Alimentos de Andalucía". Si de verdad quiere conocer lo mejor de Andalucía, llámenos, recibirá una respuesta de gran calidad.

Asociación Empresarial de Usuarios del Distintivo de Calidad
ALIMENTOS de ANDALUCIA
C/ Cardenal Ilundain, 18 - 4ºE. 41013 - SEVILLA Telf./ Fax: 95 462 32 06

pesar de miméticos esfuerzos de la precipitación dionisiaca del Mediterráneo, y de su improvisación rayada con demasiada frecuencia en la permanente danza del fuego del suicidio cultural o, simplemente, del mestizaje como única y cambiante identidad. Por decirlo de algún modo, Lyon ordena el mestizaje y lo razona, y ese orden y ese razonamiento componen precisamente su cartesiana alma de ciudad del norte, por igual envidiable y cruel para quienes la miramos desde aquí, desde un sur que ha convertido el mestizaje en relativismo y, con demasiada frecuencia, en simple destrucción, también intelectual.

Y de esa manera precisa y envidiable ha ordenado Lyon su historia de ciudad textil, guardando en cuidadosos museos su tradición y, al mismo tiempo, lanzándola hacia el futuro con una industria de vanguardia que tiene su origen en el desarrollo de las necesidades de su primitiva artesanía. Como ha ordenado su territorio, privilegiado pero difícil, ajustando el espacio físico a su medida, y ha armonizado, continuándolo, su papel de vieja capital financiera en el camino de las ferias y mercados renacentistas de Borgoña y Champaña, creciendo por la orilla izquierda del Ródano -la Part Dieu- y erigiendo un vanguardista barrio financiero que continúa esa tradición bancaria también milenaria. Y por qué no decir precisamente aquí que ha codificado su cocina, convirtiendo la necesidad de la despensa de las frágiles economías de los obreros textiles en un monumento a la inteligencia erigido en forma de complejos recetarios que han llegado a componer una verdadera Biblia de la gastronomía mundial contemporánea, cuyas reglas sagradas han impartido los fieles por las cuatro esquinas del mundo.

En este nuevo encuentro con la ciudad, el viajero ha accedido a ese orden, en tantas cosas envidiable, y a ese mestizaje hoy peligrosamente contestado por muchos sectores lioneses, y ha constatado que Lyon es una ciudad que merece un encuentro bastante más reposado. No sólo lo merece, sino que lo exige para dejarse querer. ■



AGENDA

Cómo Llegar

Desde España, la compañía *Regional Airlines* cuenta con vuelos cómodos desde Madrid a la ciudad de Lyon, que está también unida por avión y tren a Barcelona. Por otra parte, Lyon fue la primera ciudad que instaló la línea del TGV con París.

Dónde Dormir

Lyon cuenta con una excelente oferta hostelera que incluye todas las categorías y que se reparte por todos los barrios.

FOTO: MARCE MORANTE

Paul Bocuse, maestro de maestros, fue uno de los principales artífices de la revolución gastronómica francesa.

Los Ansanay, padre e hijo, dos generaciones de restauradores al frente de su L'auberge de l'Ille. La tradición y la mejor modernidad lionesa.

En la península fluvial, destacan el *Hotel Royal*, situado en el corazón mismo de la ciudad, en la Place Bellecour, cerca del *Grand Hotel Concorde*, del Solitel, o del *Pullman Perrache*. En el entrañable Viejo Lyon, destacan el *Villa Florentine*, *La Tour Rose* y *Cour des Loges*, abiertos en antiguas mansiones de los siglos XVI y XVII y con vistas a los tejados y muros coloreados de la orilla derecha del Saona, en el cogollo histórico, hoy rehabilitado. *Lyon Metropole* está situado en la popular barriada de la Croix Rousse, mientras que el *Holiday Inn Crowne Plaza* y el *Pullman Part-Dieu* abren sus puertas en la zona financiera y vanguardista. En los alrededores del núcleo urbano, abundan los cuidados y familiares establecimientos hosteleros, como el de *Paul Bocuse*, al igual que los grandes restaurantes.

Qué Visitar

Quizá conviene iniciar la visita de la ciudad en su plaza emblemática, Place Bellecour, situada en la península, a mitad de camino entre los dos ríos, Saona y Ródano, con su estatua de Luis XIV, y su animado jardín. Desde allí salen populares calles comerciales (République, Edouard Herriot) y se llega a otras de gran animación (Mercière, con sus tabernas y bouchons). En la cara sur de la plaza, en la calle Auguste Comte, pueden admirarse elegantes tiendas de antigüedades.

Un paseo por los muelles del Saona desembocará en el Vieux Lyon, o Viejo Lyon, un soberbio conjunto de casas medievales y renacentistas muy bien conservado y que abraza el edificio de la Catedral de Saint Jean. Complicados pasadizos (traboules) y empinadas escaleras son caminos que el viajero debe recorrer obligatoriamente para impregnarse del ambiente de este barrio que se extiende por la ladera de La Fourvière, la colina sobre la que los romanos fundaron Lugdunum, y en cuya cumbre pueden verse los restos del teatro romano, del milenario Odeón y también las antigüedades guardadas en el museo de la civilización galorromana. Una imponente basílica, en el estilo neobizantino que se puso de moda a fines del pasado siglo, y que remite al parisino Sacré-Coeur, preside el conjunto y ofrece bellas vistas panorámicas.

De regreso a la península, resulta imprescindible visitar la Place Terreaux, con sus fuentes antiguas y contemporáneas, el edificio del Ayuntamiento y, detrás, la Ópera, con su moderna cúpula de vidrio coronando un antiguo teatro. Junto al Ródano se levanta el edificio del Hôtel-Dieu,

Arriba: El chef del restaurante La Tassée, popular restaurante frecuentado por personajes de la vida pública. Centro: Bernachon es el más prestigioso chocolatero lionés.

actual maternidad, una elegante y altiva construcción de más de trescientos metros de longitud, obra de Soufflot, el autor del Panteón de París.

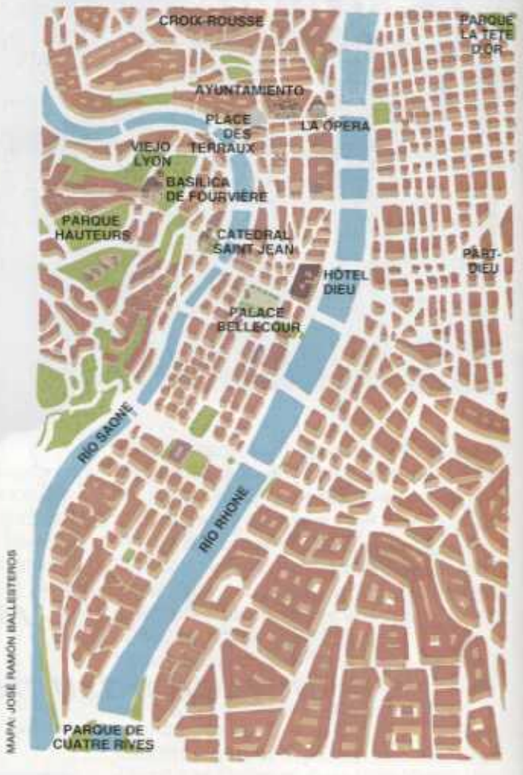
Es muy hermoso el Parque de la Tête d'Or, con sus estatuas doradas, sus rejerías, su deslumbrante verdor y sus estanques. Entre los museos, deben visitarse el de Bellas Artes, con una espléndida colección de pintura, el Histórico de Tejidos, uno de los mejores del mundo en su especialidad, y la Maison des Canuts, o casa de los tejedores, que guarda recuerdos del Lyon textil y antiguos telares.

Dónde Comer

Recomendar lugares para comer en Lyon resulta difícil, precisamente por la enorme riqueza de la cocina pública de esta ciudad, de cuya evolución más reciente se hablará en breve en un próximo número de SOBREMESA. En Lyon y sus alrededores (Collonges-au-Mont-d'Or, Vonnas, Valence, Mionnay) se produjo hace casi un cuarto de siglo la gran revolución de la restauración moderna (Bocuse, la mère Blanc, Troisgros, Chapel). Hoy, la ciudad sigue ofreciendo un soberbio panorama que incluye los más modestos bouchons, o tabernas lionesas, donde se ofrece una sabia y refinada cocina de casquería (tripas, riñones, morros y patas de cerdo), y de chacinas: salchichones y morcillas de todo tipo (andouillettes, saucisson, sabodet, cervelas, jésus, rosette).

Cuenta también la ciudad con varios de los clásicos de la alta restauración mundial. Entre los de nivel más elevado parece obligatorio empezar por *Paul Bocuse*, en Collognes-au-Mont-d'Or; a siete kilómetros del centro de la ciudad en la orilla derecha del Saona: sus enseñanzas le han convertido en maestro de un par de generaciones de restauradores. En *Léon de Lyon*, el chef Lacombe mantiene sus dos estrellas Michelin, con una carta en la que ofrece sus sólidas variaciones acerca de la cocina tradicional (ensalada de careta de cerdo, o patatas rellenas con manos de cerdo). *Orsi* (una estrella) es un clásico indiscutido de la alta cocina lionesa, y también la *Mère Brazier* (una estrella), con su "volaille demi deuil", mientras que el jovencísimo Ansanay (*Auberge de l'Ile*), que también ha conseguido una estrella para su negocio familiar, practica una cocina delicada y sensible, con un sutil manejo de las especias. La nueva revolución gastronómica se ha puesto en marcha y a ella contribuyen chefs como Constantin (*Larivoire*, una estrella), o Judéaux (*Fédora*, una estrella), que cocinan los productos tradicionales desde perspectivas renovadoras. *Bourillot*, *Nandron*, *L'Alexandrin*, o *La Rotonde*, en la Tour-de-Salvagny, son otros restaurantes estrellados por Michelin en la comarca.

La Tassée (Jean Paul Borgeot) se acerca al concepto de bouchon lionés. Cuenta con una cuidada cocina popular en un ambiente agradable y lo frecuentan numerosas personalidades. La lista de buenos bouchons resultaría poco menos que interminable. Son muy apreciados, *Café des Federations* (Fulchiron), *Chabert*, *Café du Jura*, *Au Petit Bouchon "chez Georges"*, *Chez Marcelle* (regido desde hace 45 años por Marcelle Bramy, que borda los populares tablier sapeur, un plato de callos), *Chez Paul*, *Chez Chris*, *Brunet* (el señor Maysonnave prepara buenas quenelles, gratin de tripas y andouillette). Por su parte, Bocuse, en su progresiva diversificación de negocios, ha ideado dos populares y económicas brasserías. *Le Nord*, con platos lioneses y del resto de Francia, y *Le Sud*, donde se pueden degustar platos mediterráneos: tajines, paellas, alcuzcuces, y pastas.



MAPA: JOSÉ RAMÓN BALLESTEROS